

tan buenos y leales servicios, que otros en el mundo no se han hecho, ni aun hallado en ningunas escrituras que hayan hecho otros vasallos á los reyes pasados? Y que ya una vez ha puesto la cabeza por fiadora de Cortés y por todos sus soldados, y que son muy leales y lo serán de aquí adelante, y que agora la tornó á poner de nuevo por fiadora, con todo su estado, con mucho gusto, de que siempre nos hallaría muy leales, lo cual su majestad vería adelante; demás desto, le mostraron las cartas que Cortés enviaba á su padre Martin Cortés, en que en ellas daba relacion por qué causa el contador Albornoz escribía mal contra Cortés, que fué, como dicho tengo, porque no le dió buenos indios, como él los demandaba, y una hija de una cacica muy principal; y mas le dijo el Duque, que mirase su real majestad cuántas veces le habia enviado y servido con mucha cantidad de oro, é dió otros muchos descargos por Cortés; y viendo su majestad la justicia clara que Cortés y todos nosotros los conquistadores teniamos, mandó proveer que le viniese á tomar la residencia persona que fuese de calidad y ciencia y temeroso de nuestro Señor. En aquella sazón estaba la corte en Toledo, y por teniente de corregidor del conde de Alcaudete un caballero que se decía el licenciado Luis Ponce de Leon, primo del mismo conde don Martin de Córdoba, que así se llamaba, porque en aquella sazón era corregidor de aquella ciudad; y su majestad mandó llamar á este licenciado Luis Ponce de Leon, y le mandó que fuese luego á la Nueva-España y tomase residencia á Cortés, y que si en algo fuese culpante de lo que le acusaban, que con rigor de justicia le castigase; y el licenciado Luis Ponce de Leon dijo que él cumpliría el real mandato, y se comenzó á apercebir para el camino, y no vino con tanta priesa, porque tardó en llegar á la Nueva-España mas de dos años y medio. Y de jallos he aquí, así á los del bando del gobernador de Cuba, Diego Velazquez, que acusaban á Cortés, como al licenciado Luis Ponce de Leon, que se aderezaba para el viaje, como dicho tengo; y aunque vaya muy fuera de mi relacion y pase adelante, es por lo que agora diré, que al cabo de dos años alcanzamos á saber todo lo por mí aquí dicho de las cartas de Cortés y del Albornoz, porque lo escribió Martin Cortés de la corte; y para que sepan los curiosos lectores cómo siempre tenia por costumbre el mismo Albornoz de escribir á su majestad lo que no pasó, bien ternán noticia las personas que han estado en la Nueva-España y en la ciudad de Méjico cómo en el tiempo que era virey don Antonio de Mendoza, que fué muy ilustrísimo varon, digno de gran memoria, que haya santa gloria, y como gobernaba tan justificadamente y con tan recta justicia, el Rodrigo Albornoz no estaba bien con él y escribió á su majestad diciendo mal de su gobernacion, y las mismas cartas que envió á la corte volvieron á la Nueva-España á manos del mismo virey; y como las hubo entendido, y el mal que decía, envió á llamar al Rodrigo de Albornoz, y con palabras muy blandas y de espacio, que así hablaba vagoroso el Virey, le mostró las cartas y le dijo: «Pues que teneis por costumbre de escribir á su majestad, escribid la verdad, y andad con Dios, para ruin hombre;» y quedó muy avergonzado y corrido el contador. Dejemos de hablar desta materia, y diré cómo

Cortés, sin saber en aquella sazón cosa de todo lo pasado que en la corte se habia tratado con él, envió una armada contra Cristóbal de Oli á Honduras, y lo que pasó diré adelante.

## CAPITULO CLXXIII.

Cómo, sabiendo Cortés que Cristóbal de Oli se habia alzado con la armada y habia hecho compañía con Diego Velazquez, gobernador de Cuba, envió contra él á un capitán que se llamaba Francisco de las Casas, y lo que entonces sucedió diré adelante.

He menester volver muy atrás de nuestra relacion para que bien se entienda. Ya he dicho en el capítulo que dello habla, cómo Cortés envió á Cristóbal de Oli con una armada á las Higueras y Honduras, y se alzó con ella; é como Cortés supo que Cristóbal de Oli se habia alzado con el armada, con favor de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, estaba muy pensativo; y como era animoso y no se dejaba mucho burlar en tales casos, y como ya habia hecho relacion dello á su majestad, como dicho tengo, en la carta que le escribió, y que entendía de ir ó enviar contra el Cristóbal de Oli á otros capitanes; en aquella sazón habia venido de Castilla á Méjico un caballero que se decía Francisco de las Casas, persona de quien se podia fiar, é su deudo de Cortés; acordó de enviar contra el Cristóbal de Oli cinco navios bien artillados y bastecidos, y cien soldados, y entre ellos iban conquistadores de Méjico, de los que Cortés habia traído de la isla de Cuba en su compañía, que era un Pedro Moreno Medrano y un Juan Nuñez de Mercado y un Juan Bello, y otros que aquí no nombro, que murieron en el camino. Pues ya despachado el Francisco de las Casas con poderes muy bastantes y mandamientos para prender al Cristóbal de Oli, salió del puerto de la Veracruz con sus navios buenos y bastecidos, y con sus pendones con las armas reales, y con buen tiempo llegó á una bahía que llamaron el Triunfo de la Cruz, donde el Cristóbal de Oli tenia su armada, y allí junto poblada una villa que se llamó Triunfo de la Cruz, y segun ya otras veces he dicho en el capítulo que dello habla; y como el Cristóbal de Oli vió aquellos navios surtos en su puerto, puesto que el Francisco de las Casas mandó poner en sus navios banderas de paz, no lo tuvo por cierto el Cristóbal de Oli, antes mandó apercebir dos carabelas muy artilladas con muchos soldados, y les defendió el puerto para no les dejar saltar en tierra; y como aquello vió el de las Casas, que era hombre animoso, mandó sacar y echar á la mar sus bateles con muchos hombres apercebidos, y con unos tiros, falconetes y escopetas y ballestas, y él con ellos, con pensamiento de tomar tierra de una manera ó de otra, y el Cristóbal de Oli para defendella, tuvieron buena pelea, y el de las Casas echó una de las dos carabelas del contrario á fondo, y mató á cuatro soldados é hirieron á otros; y como vió el Cristóbal de Oli que no tenia allí todos los soldados, porque los habia enviado pocos dias habia en dos capitanías, á entrar en un rio que llaman de Pechin, á prender á otro capitán que estaba conquistando en aquella provincia, que se decía Gil Gonzalez de Avila, porque aquel rio del Pechin caía en la gobernacion del Golfo-Dulce, y estaba aguardando por horas á sus gentes,

acordó el Cristóbal de Oli de demandar partidos de paz al Francisco de las Casas, porque bien entendió el Cristóbal de Oli que si tomaba tierra, que habian de venir á las manos, y por tener soldados juntos demandó las paces; y el de las Casas acordó de estar aquella noche con sus navios en la mar, apartado de tierra al reparo, ó esperando con intencion de se ir á otra bahía á desembarcar, y tambien porque cuando andaban las diferencias y pelea de la mar le dieron al de las Casas una carta secretamente que serian en su ayuda ciertos soldados de la parte de Cortés que estaban con el Cristóbal de Oli, y que no dejase de venir por tierra para prender al Cristóbal de Oli. Pues estando con este acuerdo, fué la ventura tal de Cristóbal de Oli, y desdicha del de las Casas, que hubo aquella noche un viento norte muy recio, y como es travesía en aquella costa, dió con los navios de Francisco de las Casas al través en tierra, de manera que se perdió cuanto traia y se ahogaron treinta soldados, y todos los demás fueron presos y estuvieron sin comer dos dias, muy mojados del agua salada, porque en aquel tiempo llovia mucho, y tuvieron trabajo y frio; y el Cristóbal de Oli estaba muy gozoso y triunfante por tener preso al Francisco de las Casas, y á los demás soldados que prendió les hizo luego jurar que siempre serian en su ayuda, y serian contra Cortés si viniese á aquella tierra en persona; y como hubieron jurado, los soltó de las prisiones; solamente tuvo preso al Francisco de las Casas; y dende á poco tiempo vinieron sus capitanes que habia enviado á prender á Gil Gonzalez de Avila; que, segun pareció, el Gil Gonzalez de Avila habia venido por gobernador y capitán de Golfo-Dulce, y habia poblado una villa que la nombraron San Gil de Buena-Vista, que estaba obra de una legua del puerto que agora llaman Golfo-Dulce, porque el rio de Chipin en aquel tiempo era poblado de buenos pueblos, y el Gil Gonzalez no tenia consigo sino muy pocos soldados, porque habian adolecido todos los mas, é dejaba poblada con otros soldados la misma villa de San Gil de Buena-Vista; y como el Cristóbal de Oli tuvo noticia dello, les envió á prender, y sobre no dejarse prender, le mataron ocho españoles de los de Gil Gonzalez y á un su sobrino, que se decía Gil de Avila; y como el Cristóbal de Oli se vió con dos prisioneros que eran capitanes, estaba muy alegre y contento; y como tenia fama de esforzado, y ciertamente lo era por su persona, para que se supiese en todas las islas, lo escribió á la isla de Cuba á su amigo Diego Velazquez, y luego se fué dende el Triunfo de la Cruz la tierra adentro á un pueblo que en aquel tiempo estaba muy poblado, y habia otros muchos pueblos en aquella comarca; el cual pueblo se dice Naco, que agora está destruido él y todos los demás; y esto digo porque yo los vi y me hallé en ellos, y en San Gil de Buena-Vista y en el rio de Pichin y en el rio de Balama, y lo he andado en el tiempo que fui con Cortés, segun mas largamente lo diré cuando venga su tiempo y lugar. Volvamos á nuestra relacion: que ya que el Cristóbal de Oli estaba de asiento en Naco con sus prisioneros y copia de soldados, dende allí enviaba á hacer entradas á otras partes, y envió por capitán á un Briones, el cual Briones fué uno de los primeros consejeros para que se alzara el Cristó-

bal de Oli, y de suyo era bullicioso, y aun tenia cortadas las asillas bajas de las orejas, y decía el mismo Briones que estando en una fortaleza siendo soldado se las habian cortado porque no se queria dar él ni otros capitanes; el cual Briones ahorcaron después en Guatimala por revolver y amotinador de ejércitos. Volvamos á nuestra relacion: pues yendo por capitán aquel Briones con gran copia de soldados, túvose fama en el real de Cristóbal de Oli que se habia alzado el Briones con todos los soldados que llevaba en su compañía, y se iba á la Nueva-España, y salió verdad. Y viendo esto Francisco de las Casas y el Gil Gonzalez de Avila, que estaban presos y hallaban tiempo oportuno para matar á Cristóbal de Oli, y como andaban sueltos sin prisiones, por no tenellos en nada, porque se tenia por muy valiente el Cristóbal de Oli, muy secretamente se concertaron con los soldados y amigos de Cortés que en diciendo: «¡Aquí del Rey, y Cortés en su real nombre, contra este tirano!» le diesen de cuchilladas. Pues hecho este concierto, el Francisco de las Casas, medio burlando y riendo, le decía al Oli: «Señor capitán, soldadme; iré á la Nueva-España á hablar á Cortés y á dalle razon de mi desbarate, é yo seré tercero para que vuestra merced quede con esta gobernacion y por su capitán, y mire que es su hechura de Cortés; pues mi prision no hace á su caso, antes le estorbo en las conquistas;» y el Cristóbal de Oli respondió que él estaba muy bien así, y que se holgaba de tener un tal varon en su compañía; y de que aquello vió el Francisco de las Casas le dijo: «Pues mire bien vuesa merced por su persona, que un día ó otro tengo de procurar de le matar;» y esto se lo decía medio burlando y riendo. Y al Cristóbal de Oli no se le dió nada por lo que le decía, y teníalo como cosa de burla; y como el concierto que he dicho estaba hecho con los amigos de Cortés, estando cenando á una mesa y habiendo alzado los manteles, y se habian ido á cenar los maestresalas y pajes, y estaban delante Juan Nuñez de Mercado y otros soldados de la parte de Cortés que sabian el concierto, el Francisco de las Casas y el Gil Gonzalez de Avila cada uno tenia escondido un cuchillo de escribanía muy agudos como navajas, porque ningunas armas se las dejaban traer; y estando platicando con el Cristóbal de Oli de las conquistas de Méjico y ventura de Cortés, y muy descuidado el Cristóbal de Oli de lo que le avino, el Francisco de las Casas le echó mano de las barbas y le dió por la garganta con el cuchillo, que le traia hecho como una navaja para aquel efeto, y juntamente con él, el Gil Gonzalez de Avila y los soldados de Cortés de presto le dieron tantas heridas, que no se pudo valer, y como era muy recio é membrudo y de muchas fuerzas, se escabulló dando voces: «¡Aquí de los míos!» Mas como todos estaban cenando, ó su ventura fué tal que no acudieron tan presto, se fué huyendo á esconder entre unos matorrales, creyendo que los suyos le ayudarían, y puesto que vinieron de presto muchos dellos á le ayudar, el Francisco de las Casas daba voces y apellidando: «¡Aquí del Rey é de Cortés contra este tirano; que ya no es tiempo de mas sufrir sus tiranías!» Pues como oyeron el nombre de su majestad y de Cortés, todos los que venian á favorecer la parte del Cris-

tóbal de Olí no osaron defenderle, antes luego los mandó prender el de las Casas; y después de hecho, se pregonó que cualquiera persona que supiese de Cristóbal de Olí y no le descubriese, muriese por ello; y luego se supo dónde estaba y le prendieron, y se hizo proceso contra él, y por sentencia que entrambos á dos capitanes dieron, le degollaron en la plaza de Naco; y así murió por se haber alzado por malos consejeros, con ser hombre muy esforzado, é sin mirar que Cortés le había hecho su maese de campo y dado muy buenos indios, y era casado con una portuguesa que se decía doña Filipa de Araujo, y tenía una hija en ella. Y porque en el capítulo pasado tengo dicho el estatura de Cristóbal de Olí y facciones, y de qué tierra era y qué condicion tenía, en esto no diré mas sino de que el Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila se vieron libres, y su enemigo muerto, juntaron sus soldados, y entrambos á dos fueron capitanes muy conformes, y el de las Casas pobló á Trujillo y púsole aquel nombre porque era él natural de Trujillo de Extremadura; y el Gil Gonzalez envió mensajeros á San Gil de Buena-Vista, que dejaba poblada, á hacer saber lo que había pasado, y á mandar á su teniente, que se decía Armenta, que se estuviesen poblados como los dejaba y no hiciesen alguna novedad, porque iba á la Nueva-España á demandar socorro é ayuda de soldados á Cortés, y que presto volvería. Pues ya todo esto que he dicho concertado, acordaron entrambos capitanes de se venir á Méjico á hacer saber á Cortés todo lo acaecido. Y dejallo hé aquí hasta su tiempo y lugar, y diré lo que Cortés concertó sin saber cosa ninguna de lo pasado que se hizo en Naco.

## CAPITULO CLXXIV.

Cómo Hernando Cortés salió de Méjico para ir camino de las Higueras en busca de Cristóbal de Olí y de Francisco de las Casas y de los demás capitanes y soldados; dáse cuenta de los caballeros y capitanes que sacó de Méjico para ir en su compañía, y del grande aparato y servicio que llevó hasta llegar á la villa de Guacacualco, y de otras cosas que entonces pasaron.

Como el capitán Hernando Cortés había pocos meses que había enviado al Francisco de las Casas contra el Cristóbal de Olí, como dicho tengo en el capítulo pasado, parecióle que por ventura no habría buen suceso la armada que había enviado, y también porque le decían que aquella tierra era rica de minas de oro, y á esta causa estaba muy codicioso, así por las minas, como pensativo en los contrastes que podrían acaecer á la armada, poniéndosele por delante las desdichas que en tales jornadas la mala fortuna suele acarrear; y como de su condición era de gran corazón, habíase arrepentido por haber enviado al Francisco de las Casas, sino haber ido él en persona, y no porque no conocía muy bien que el que envió era varón para cualquiera cosa de afrenta; y estando en estos pensamientos, acordó de ir, y dejó en Méjico buen recaudo de artillería, así en las fortalezas como en las atarazanas, y dejó por gobernadores en su lugar como tenientes al tesoro Alonso de Estrada y al contador Albornoz, y si supiera de las cartas que el contador Albornoz hubo escrito á Castilla á su majestad diciendo mucho mal dél, no le dejara tal poder, y aun no sé yo cómo le aviniera por ello; y dejó

por su alcalde mayor al licenciado Zuazo, ya otras muchas veces por mí nombrado, y por teniente de alguacil mayor y su mayordomo de todas sus haciendas á un Rodrigo de Paz, su deudo, y dejó el mayor recaudo que pudo en Méjico, y encomendó á todos aquellos oficiales de la hacienda de su majestad, á quien dejaba el cargo de la gobernación, que tuviesen muy grande cuidado de la conversión de los naturales, y ansimismo lo encomendó á un fray Toribio Motolinea, de la orden del señor san Francisco, y al padre fray Bartolomé de Olmedo, de mí tantas veces nombrado, fraile de la orden de nuestra Señora de la Merced, é que tenía mucha mano é estimación en todo Méjico, é lo merecía, porque era muy buen fraile é religioso; y les encargó que mirasen no se alzase Méjico ni otras provincias; y porque quedase mas pacífico y sin cabeceras de los mayores caciques, trajo consigo al mayor de Méjico, que se decía Guatemuz, otras muchas veces por mí memorado, que fué el que nos dió guerra cuando ganamos á Méjico, y también al señor de Tacuba, y á un Juan Velazquez, capitán del mismo Guatemuz, y á otros muchos principales, y entre ellos á Tapiezuela, que era muy principal; y aun de la provincia de Mechoacan trajo otros caciques, y á doña Marina la lengua, porque Jerónimo de Aguilar ya había fallecido, y trajo en su compañía muchos caballeros y capitanes vecinos de Méjico, que fueron Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y Luis Marin y Francisco Marmolejo, Gonzalo Rodriguez de Ocampo, Pedro de Ircio, Avalos y Saavedra, que eran hermanos, y un Palacios Rubios, y Pedro de Saucedo el Romo, y Jerónimo Ruiz de la Mora, Alonso de Grado Santa Cruz, burgalés; Pedro de Solís Casquete, que así le llamábamos; Juan Jaramillo, Alonso Valiente, y un Navarrete y un Serna, y Diego de Mazariagos, primo del tesoro, y Gil Gonzalez de Benavides, y Hernan Lopez de Avila, y Gaspar de Garnica, y otros muchos que no se me acuerdan sus nombres; y trajo á fray Juan de las Varillas el de Salamanca, fraile de la Merced, y un clérigo y dos frailes franciscos, flamencos, buenos teólogos, que predicaban, y trajo por mayordomo á un Carranza y por maestra sala á Juan de Iasso y á un Rodrigo Mañueco, y por botiller á Cervan Bejarano, y por repostero á un Fulano de San Miguel, que solía vivir en Guaxaca; por dispensero á un Guinea, que ansimismo fué vecino de Guaxaca; y trajo grandes vajillas de oro y de plata, y quien tenía cargo de la plata era un Tello de Medina, y por camarero un Salazar, natural de Madrid; por médico á un licenciado Pero Lopez, vecino que fué de Méjico, y cirujano á maese Diego de Pedraza, y otros muchos pajes, y uno dellos era don Francisco de Montejo, el cuál fué capitán en Yucatan el tiempo andando, no digo al adelantado su padre; y dos pajes de lanza, que el uno se decía Puebla, y ocho mozos de espuelas, y dos cazadores halconeros, que se decían Perales y Garcicaro y Alvaro Montanés; y llevó cinco chirinías y sacabuches y dulzainas, y un volteador, y otro que jugaba de manos y hacia títeres, y caballero Gonzalo Rodriguez de Ocampo, y acémilas con tres acemileros españoles, y una gran manada de puercos, que venían comiendo por el camino; y venían con los caciques que dicho tengo sobre tres mil indios mejicanos con sus ar-

mas de guerra, sin otros muchos que eran de su servicio de aquellos caciques; é ya que estaba Cortés de partida para venir su viaje, viendo el factor Salazar y el veedor Chirinos, que quedaban en Méjico, que no les dejaba Cortés cargo ninguno ni se hacia tanta cuenta dellos como quisieran, acordaron de se hacer muy amigos del licenciado Zuazo y de Rodrigo de Paz y de todos los amigos y viejos conquistadores de Cortés que quedaban en Méjico, y todos juntos le hicieron un requerimiento á Cortés que no salga de Méjico, sino que gobierne la tierra, y le ponen por delante que se alzaría toda la Nueva-España, y sobre ellos pasaron grandes pláticas y respuestas de Cortés á los que le hacían el requerimiento; y de que no le pudieron convencer á que se quedase, dijo el factor y el veedor que le querían venir á servir y acompañarle hasta Guacacualco, que por allí era su viaje. Pues ya partidos de Méjico de la manera que he dicho, saber yo decir los grandes recibimientos y fiestas que en todos los pueblos por donde pasaban se les hacia, fuera cosa maravillosa; y mas se le juntaron en el camino de otros cincuenta soldados y gente estravagante, nuevamente venidos de Castilla, y Cortés les mandó ir por dos caminos hasta Guacacualco, porque para todos juntos no habría tantos bastimentos. Pues yendo por sus jornadas el factor, Gonzalo de Sandoval y el veedor, ibanle haciendo mil servicios á Cortés, en especial el factor, que cuando con Cortés hablaba estaba la gorra quitada hasta el suelo, y con muy grandes reverencias y palabras delicadas y de grande amistad, y con retórica muy subida, le iba diciendo que se volviese á Méjico y no se pusiese en tan largo y trabajoso camino, y poniéndole por delante muchos inconvenientes; y aun algunas veces por le complacer iba cantando por el camino junto á Cortés, y decía en los cantares: «Ay tío, volvámonos; ay tío, volvámonos;» y respondía Cortés cantando: «Adelante, mi sobrino; adelante, mi sobrino, y no creas en agüeros; que será lo que Dios quisiere; adelante, mi sobrino,» etc. Dejemos de hablar en el factor y de sus blandas y delicadas palabras, y diré cómo en el camino, en un pueblezuelo de un Ojeda el tuerto, cerca de otro pueblo que se dice Orizaba, se casó Juan Jaramillo con doña Marina la lengua delante de testigos. Pasemos adelante, y diré cómo iban camino de Guacacualco, y llegan á un pueblo grande que se dice Guazpaltepeque, que era de la encomienda de Gonzalo de Sandoval, y como lo supimos en Guacacualco, que venía Cortés con tanto caballero, así alcalde mayor como capitanes, y todo el cabildo y regidores, fuimos treinta y tres leguas á le recibir y dalle el parabien-venido, como quien va á ganar beneficio; y esto digo aquí para que vean los curiosos lectores é otras personas cuán tenido y aun temido estaba Cortés, porque no se hacia mas de lo que él quería, ahora sea bueno ó malo; y dende Guazpaltepeque fué caminando á nuestra villa, y en un rio grande que hay en el camino comenzó á tener contrastes, porque al pasar se le trastornaron tres canoas y se le perdió cierta plata y ropa, y aun al Juan Jaramillo se le perdió la mitad de su fardaje, y no se pudo saber cosa ninguna á causa que estaba el rio lleno de lagartos muy grandes; y dende allí fuimos á un pueblo

que se dice Uluta, y hasta llegar á Guacacualco le fuimos acompañando, y todo por poblado; y quiero decir el gran recaudo de canoas que teníamos ya mandado que estuviesen aparejadas y atadas de dos en dos en el gran rio junto á la villa, que pasaban de trecientas. Pues el gran recibimiento que le hicimos con arcos triunfales y con ciertas emboscadas de cristianos é moros, y otros grandes regocijos é invenciones de fuegos, y le aposentamos lo mejor que pudimos, así á Cortés como á todos los que traía en su compañía; y estuvo allí seis dias, y siempre el factor le iba diciendo que se volviese del camino que iba, y que mirase á quién dejaba en su poder; que tenía al contador por muy revoltoso y doblado, amigo de novedades, y que el tesoro se jactanciaba que era hijo del Rey Católico, y que no sentía bien de algunas cosas de pláticas que en ellos vió que hablaban en secreto después que les dió el poder, y aun de antes; y demás desto, ya en el camino tenía Cortés cartas que enviaba dende Méjico diciendo mal de su gobernación de los que dejaba, y dello avisaban al factor sus amigos; y sobre ello decía el factor á Cortés que también sabría él gobernar, y el veedor que allí estaba delante, como los que dejaba en Méjico, y se le ofrecieron por muy servidores; y decía tantas cosas melosas y con tan amorosas palabras, que le convenció para que le diese poder al factor y al veedor Chirinos para que fuesen gobernadores, y fué con esta condición: que si viesen que el Estrada y el Albornoz no hacían lo que debían al servicio de nuestro Señor y de su majestad, gobernasen ellos solos. Estos poderes fueron causa de muchos males y revueltas que hubo en Méjico, como diré de que haya pasado cuatro capítulos é hayamos hecho un muy trabajoso camino, y hasta le haber acabado y estar en una villa que se llama Trujillo no contaré en esta relación lo acaecido en Méjico; pero diré que el padre fray Bartolomé de Olmedo y los frailes de san Francisco murmuraban de Cortés porque había dado estos poderes, y decían que plegue á Dios no haya Cortés arrepentimiento dello; y no decían muy mal, como luego veremos; pero poco importó que ellos lo murmurasen, que no hacia Cortés mucha monta dellos, aunque eran buenos frailes, porque no les tenía tanta voluntad como al padre fray Bartolomé de Olmedo, que era siempre su consejero. Pero dejemos esto, y diré que cuando se despidieron el factor y el veedor de Cortés para se volver á Méjico, ¡con cuántos cumplimientos y abrazos! Y tenía el factor una manera como de sollozos, que parecía que quería llorar al despedirse, y con sus provisiones en el seno de la manera que él las quiso notar, y el secretario, que se decía Alonso Valiente, que era su amigo, las hizo. Vuélvense para Méjico, y con ellos Hernan Lopez de Avila, que estaba malo de dolores y tullido de hubas, y dejémoslos ir su camino; que no tocaré en esta relación en cosa ninguna de los grandes alborotos y zizañas que en Méjico hubo, hasta su tiempo y lugar, desde hubiéremos llegado con Cortés todos los caballeros por mí nombrados, con otros muchos que salimos de Guacacualco, y hasta que ya hayamos hecho esta tan trabajosa jornada, que estuvimos en punto de nos perder, según adelante diré; y porque en una sazón acaecen dos ó tres cosas, y por no

quebrar el hilo de lo uno por decir de lo otro, acordé de seguir el de nuestro trabajosísimo camino.

## CAPITULO CLXXV.

De lo que Cortés ordenó después que se volvió el factor y veedor á Méjico, y del trabajo que llevamos en el largo camino, y de las grandes puentes que hicimos, y hambre que pasamos en dos años y tres meses que tardamos en este viaje.

Después de despedidos el factor y el veedor, lo primero que mandó Cortés fué escribir á la Villa-Rica á un su mayordomo, que se decía Simon de Cuenca, que cargase dos navíos que fuesen de poco porte, de bizcocho de maíz, porque en aquella sazón no se cogía pan de trigo en Méjico, y seis pipas de vino y aceite y vinagre y tocinos, herraje, y otras cosas de bastimentos, y mandó que se fuesen costa á costa del norte, y que le escribiría y haría saber dónde había de aportar, y que el mismo Simon de Cuenca viniese por capitán; y luego mandó que todos los vecinos de Guacacualco fuésemos con él, que no quedaron sino los dolientes. Ya he dicho otras veces que estaba poblada aquella villa de los conquistadores mas antiguos de Méjico, y todos los mas hijosdalgo, que se habían hallado en las conquistas pasadas de Méjico, y en el tiempo que habíamos de reposar de los grandes trabajos y procurar de haber algunos bienes y granjerías, nos mandó ir jornada de mas de quinientas leguas, y toda la mas tierra por donde íbamos de guerra, y dejamos perdido cuanto teníamos, y estuvimos en el viaje mas de dos años y tres meses. Pues volviendo á nuestra plática, ya estábamos todos apercebidos con nuestras armas y caballos, que no le osábamos decir de no; é ya que alguno se lo decía, por fuerza le hacia ir; y éramos por todos, así los de Guacacualco como los de Méjico, sobre ducientos y cincuenta soldados, y los ciento y treinta de á caballo, y los demás escopeteros y ballesteros, sin otros muchos soldados nuevamente venidos de Castilla; y luego me mandó á mí que fuese por capitán de treinta españoles y de tres mil indios mejicanos, y fuese á unos pueblos que estaban de guerra, que se decían Cimatan, é que en aquellos pueblos mantuviese los tres mil indios mejicanos, y si los naturales de aquella provincia estuviesen de paz ó se viniesen á someter al servicio de su majestad, que no les hiciese enojo ni fuerza ninguna, salvo mandar dar de comer á aquellas gentes; y si no quisiesen venir, que los enviase á llamar tres veces de paz, de manera que lo entendiesen muy bien, é por ante un escribano que iba conmigo é testigos; y si no quisiesen venir, que les diese guerra, y para ello me dió poder y sus instrucciones, las cuales tengo hoy día firmadas de su nombre y de su secretario Alonso Valiente; y así hice aquel viaje como lo mandó, quedando de paz aquellos pueblos; mas dende á pocos meses, como vieron que quedaban pocos españoles en Guacacualco, é íbamos los conquistadores con Cortés, se tornaron á alzar, y luego salí con mis soldados españoles é indios mejicanos al pueblo donde Cortés mandó que saliese, que se decía Iquinuapa. Volvamos á Cortés y á su viaje: que salió de Guacacualco y fué á Tonalá, que hay ocho leguas, y luego pasó un río en canoas y fué á otro pueblo que se dice el Ayagualulco, y pasó otro río en ca-

noas, y dende el Ayagualulco pasó siete leguas de allí un estero que entra en la mar, y le hicieron una puente que había de largó cerca de medio cuarto de legua; cosa espantosa cómo la hicieron en el estero, porque siempre Cortés enviaba adelante dos capitanes de los vecinos de Guacacualco, y uno dellos se decía Francisco de Medina, hombre diligente, que sabía muy bien mandar á los naturales desta tierra. Pasada aquella gran puente, fué por unos pueblezuelos, hasta llegar á otro gran río que se dice Mazapa, que es el que viene de Chiapa, que los marineros llaman río de dos bocas; allí tenían muchas canoas atadas de dos en dos; y pasado aquel gran río, fué por otros pueblos, adonde yo salí con mi compañía de soldados, que se dice Iquinuapa, como dicho tengo, y dende allí pasó otro río en puentes que hicimos de maderos, y luego un estero, y llegó á otro gran pueblo que se dice Copilco, y dende allí comienza la provincia que llaman la Chontalpa, y estaba toda muy poblada y llena de huertas de cacao, y muy de paz; y dende Copilco pasamos por Nacaxuica, y llegamos á Zagutan, y en el camino pasamos otro río por canoas. Aquí se le perdió á Cortés cierto herraje; y esta pueblo cuando á él allegamos estaba de paz, y luego á la noche se fueron huyendo los moradores dél, y se pasaron de la parte de un gran río entre unas ciénagas, y mandó Cortés que les fuésemos á buscar por los montes, que fué cosa bien inconsiderada é sin provecho aquello que mandó, y los soldados que los fuimos á buscar pasamos aquel gran río con harta trabajo, y trujimos siete principales y gente menuda; mas poco aprovecharon, que luego se volvieron á huir, y quedamos solos y sin guías. En aquella sazón vinieron allí los caciques de Tabasco con cincuenta canoas cargadas de maíz y bastimento; también vinieron unos indios de los pueblos de mi encomienda que en aquella sazón yo tenía, é trajeron cargadas ciertas canoas de bastimentos; los cuales pueblos se dicen Teapan; é fuimos á Tepetitlan é Iztapa, y en el camino había un río muy caudaloso que se dice Chilapa, y estuvimos cuatro días en hacer barcas. Yo dije á Cortés que el río arriba, por relación que tenía, había un pueblo que se dice Chilapa, que es del nombre del mismo río, que sería bien enviar cinco indios de los que traíamos por guías en una canoa quebrada que allí hallamos, y les enviase á decir que trajesen canoas; y con los cinco indios fué un soldado, y como se lo dije á Cortés; y así lo mandó; y fueron el río arriba é toparon dos caciques que traían seis grandes canoas y bastimento, y con aquellas canoas y barcas pasamos, y estuvimos cuatro días en el pasaje; y dende allí fuimos á Tepetitlan, y hallámosle despoblado y quemadas las casas; y según supimos, habíanles dado guerra otros pueblos y llevado mucha gente cautiva, y quemado el pueblo de pocos dias pasados, y en todos los tres dias que anduvimos de camino, después de pasado el río de Chilapa, era muy cenagoso, y atolaban los caballos hasta las cinchas, y había muy grandes campos; y desde allí fuimos á otro pueblo que se dice Iztapa, y de miedo se fueron los indios, y se pasaron de la parte de otro río muy caudaloso, y fuimoslos á buscar, y trajimos los caciques y muchos indios con sus mujeres y hijos, y Cortés les habló

con halagos, y mandó que les volviésemos cuatro indios y tres indios que les habíamos tomado en los montes; y en pago dello, y de buena voluntad, trajeron presentados á Cortés ciertas piezas de oro de poca valía; y estuvimos en este pueblo tres dias, porque había buena yerba para los caballos y mucho maíz, y decía Cortés que era buena tierra para poblar allí una villa; porque tenía nueva que en los rededores había buenas poblaciones para servicio de la tal villa; y en este pueblo de Iztapa se informó Cortés de los caciques y mercaderes de los naturales del mismo pueblo, el camino que habíamos de llevar; y aun les mostró Cortés un paño de nequen que traía de Guacacualco, donde venían señalados todos los pueblos del camino por donde habíamos de ir hasta Huyacala, que en su lengua se dice la Gran Acala, porque había otro pueblo que se decía Acala la Chica; y allí dijeron que en todo lo mas de nuestro camino había muchos rios y esteros, y para llegar á otro pueblo que se dice Tamaztepeque había otros tres rios y un gran estero, y que habíamos de estar en el camino tres jornadas; y desde aquello entendió Cortés é supo de los rios, les rogó que fuesen todos los caciques á hacer puentes y llevasen canoas, y no lo hicieron; y con maíz tostado y otras legumbres hicimos mochila para los tres dias, creyendo que era como lo decían, y por echarnos de sus casas dijeron que no había mas jornada, y había siete jornadas; y hallamos los rios sin puentes ni canoas, y hubimos de hacer una puente de muy gruesos maderos, por donde pasaron los caballos, y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrearla, y los mejicanos ayudando lo que podían; y estuvimos en hacella tres dias, que no teníamos qué comer sino yerbas y unas raíces de unas que llaman en esta tierra quecuxque, montesinas, las cuales nos abrasaron las lenguas y bocas. Pues ya pasado aquel estero, no hallábamos camino ninguno, y hubimos de abrirle con las espadas á manos, y anduvimos dos dias por el camino que abrimos, creyendo que iba derecho al pueblo; y una mañana tomamos al mismo camino que abrimos, y desde Cortés lo vió, quería reventar de enojo, y como oyó él murmurar del mal que decían dél y aun de su viaje, con la gran hambre que había, y que no miraba mas de su apetito, sin pensar bien lo que hacia, y que era mejor que nos volviésemos para Méjico que no morir todos de hambre. Pues otra cosa había, que eran los montes muy altos en demasía y espesos, y á mala vez podíamos ver el cielo, pues ya que quisiesen subir en algunos árboles para atalayar la tierra, no vian cosa ninguna, según eran muy cerradas todas las montañas; y las guías que traíamos las dos huyeron, y la otra que quedada estaba malo, que no sabía dar razón de camino ni de otra cosa; y como Cortés en todo era diligente, y por falta de solicitud no se descuidaba, traíamos una aguja de marear, y á un piloto que se decía Pedro Lopez, y con el dibujo del paño que traíamos de Guacacualco, donde venían señalados los pueblos, mandó Cortés que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abriamos caminos hácia el leste, que era la señal del paño donde estaba el pueblo; y aun dijo Cortés que si otro día estábamos sin dar en pueblo, que no

sabía qué hiciésemos; y muchos de nuestros soldados, y aun todos los mas, deseábamos volvernó á la Nueva-España; y todavía seguíamos nuestra derrota por los montes, y quiso Dios que vimos unos árboles antiguamente cortados, y luego una vereda chica, é yó y el Pedro Lopez, que íbamos delante abriendo camino con otros soldados, volvimos á decir á Cortés que se alegrase, que había estancias; con lo cual todo nuestro ejército tomó mucho contento; y antes de llegar á las estancias estaba un río y ciénagas, mas con harta trabajo lo pasamos de presto, y dimos en el pueblo, que aquel dia se había despoblado, y hallamos muy bien de comer maíz y frioles y otras legumbres; y como íbamos muertos de hambre, dímonos buena hartazgo, y aun los caballos se reformaron, y por todo dimos muchas gracias á Dios; y ya en el camino se había muerto el volteador que llevábamos, ya por mí nombrado, y otros tres españoles de los recién venidos de Castilla; pues indios de los de Mechoacan y mejicanos morían muchos, é otros muchos caían malos y se quedaban en el camino como desesperados. Pues como estaba despoblado aquel pueblo, y no teníamos lengua ni quien nos guiase, mandó Cortés que fuésemos dos capitanes por los montes y estancias á los buscar, y en unas canoas que estaban en un gran río junto al pueblo fueron otros soldados y dieron con muchos indios de aquel pueblo, y con buenas palabras y halagos vinieron sobre treinta dellos, y todos los mas caciques y papas; y Cortés les habló amorosamente con doña Marina, y trajeron mucho maíz y gallinas, y señalaron el camino que habíamos de llevar hasta otro pueblo que se dice Izguatepeque, el cual estaba tres jornadas, que serían diez y seis leguas, y antes de llegar á él estaba otro pueblo sujeto, deste Tamaztepeque, donde salimos. Antes que pase mas adelante, quiero decir que con gran hambre que traímos, así españoles como mejicanos, pareció ser que ciertos caciques de Méjico apañaron dos ó tres indios de los pueblos que dejábamos atrás, y traíanlos escondidos con sus cargas, á manera y traje como ellos, y con la hambre, en el camino los mataron y los asaron en hornos que para ello hicieron debajo de tierra y con piedras, como en su tiempo lo solían hacer en Méjico, y se los comieron; y asimismo habían apañado las dos guías que traímos, que se habían huido, y se los comieron; y alcanzólo á saber Cortés, y mandó llamar los caciques mejicanos, y riñó malamente con ellos, quasi otra tal hacían que los castigaria; y predicó un fraile francisco de los que traíamos, cosas muy santas y buenas; y de que hubo acabado el sermón, mandó Cortés por justicia quemar á un indio mejicano por la muerte de los indios que comieron, puesto que supo que todos eran culpantes en ello, porque pareciese que hacia justicia y que él no sabía de otros culpantes sino el que quemó. Dejemos de contar muy por extenso otros muchos trabajos que pasábamos, y cómo las chirimias y sacabuches y dulzainas que Cortés traía, que otra vez he hecho memoria dellos, cómo en Castilla eran acostumbrados á regalos y no sabían de trabajos, y con la hambre habían adolecido y no le daban música, excepto uno, y renegábamos todos los soldados de lo oír, y decíamos que parecían zorros ó adibes que au-